

Los contextos mortuorios en la Cueva de Avendaños, San Francisco de Borja

Emiliano Gallaga M.¹
Tobías García Vilchis²



Mediante una denuncia, profesores y estudiantes de la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (EAHNM) realizamos el rescate de un conjunto de materiales arqueológicos que habían sido afectados por maquinaria pesada en el interior de un abrigo rocoso. Pese al daño producido, fue posible reconocer la compleja estratigrafía del lugar en una pequeña área al fondo del abrigo, con lo que se podría intentar la reconstrucción del contexto, así como plantear una posible interpretación de los materiales recuperados.

1 Universidad Autónoma de Chiapas.

2 Escuela de Antropología e Historia del Norte de México.

En este trabajo se presenta una muy breve descripción de los restos mortuorios, los cuales apuntan a que se trató de un complejo contexto funerario que, por sus características, guarda múltiples semejanzas con algunos ritos mortuorios practicados por grupos indígenas contemporáneos en el noroeste de México.

La Cueva de Avendaños

El sitio arqueológico Cueva de Avendaños, se localiza en el municipio de San Francisco de Borja, en la parte centro-sur del estado de Chihuahua, a una altitud entre 1 500 y 2 800 metros, en la provincia fisiográfica de la Sierra Madre Occidental, subprovincia de la Gran Meseta y Cañones Chihuahuenses. Este municipio se localiza casi en su totalidad en la región hidrológica Bravo Conchos, formada por varias corrientes que discurren de la Sierra Madre, cuya cuenca principal es la del río San Pedro, afluente del Conchos, que atraviesa el municipio de Sureste a Noroeste (Figura 1). Avendaños es un asentamiento disperso que se localiza en las márgenes de un arroyo o corriente estacional que desemboca en el río San Pedro, en cuyo cauce, sobre el margen sur, se localiza la cueva donde se realizó el rescate arqueológico (Figura 2).



Figura 1. Ubicación del sitio Cueva de Avendaños. Mapa realizado por Emiliano Gallaga.



Figura 2. Vista de la entrada de la cueva desde el lecho del río, donde se aprecia el camino realizado por el trascabo. Fotografía de Emiliano Gallaga.

Se trata de un abrigo rocoso con una forma parecida a la letra “C”, que tiene una longitud máxima de 49 metros en su eje mayor Norte-Sur y 34 metros en su eje Este-Oeste. Alcanza una profundidad máxima de 18 metros hacia el Poniente con respecto a la línea de goteo y de hasta 9 metros hacia el Sur, justo en el punto donde se crea su curvatura. La altura estimada es de 12 metros en el punto más alto. La estratigrafía original de la cueva fue afectada por una retroexcavadora que arrasó prácticamente con todo el depósito de la cueva, salvo por una franja de unos 30 metros de longitud que corría paralela a la pared oeste del abrigo, con un ancho variable menor a 2 metros, desde la entrada en el extremo norte hasta la parte media del abrigo. En este pequeño espacio se realizaron varias unidades de excavación en las que se registraron muy interesantes contextos, entre ellos los de varios restos mortuorios (Figura 3).

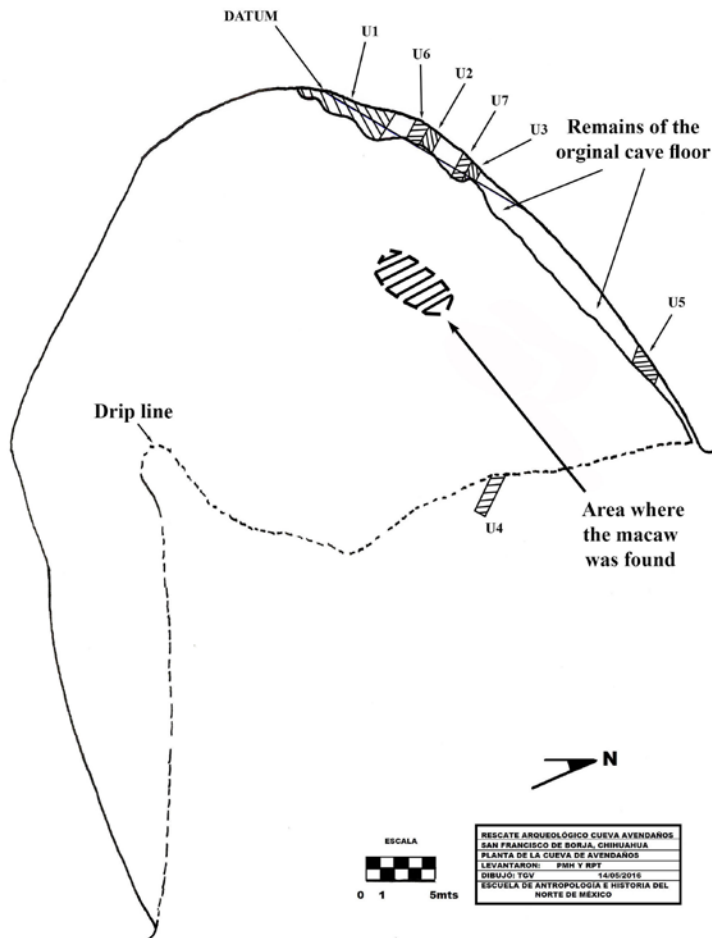


Figura 3. Plano en planta de la Cueva de Avenaños que muestra la línea de goteo, lugar aproximado donde salieron los fragmentos de la guacamaya y restos humanos y la franja de piso original al fondo de la cueva donde nos permitió realizar varias unidades de excavación.

Mapa realizado por Tobías García.

El registro de los ancestros

Las cuevas son ampliamente conocidas y apreciadas por los arqueólogos debido a la buena conservación de materiales arqueológicos, en especial los de tipo orgánico. Cueva de Avendaños no fue la excepción. En este caso en especial, fue notorio el registro de una cabeza de guacamaya (*Ara militaris*) con una antigüedad de 150 a. C.-20 d. C., el registro más antiguo de esta especie para esta región. Junto con la guacamaya también se registraron los restos de por lo menos tres individuos adultos con muestras de haber sido momificados (dos cráneos y tres pares de fémures) (Figuras 4, 5, y 6). Desafortunadamente, el contexto original donde fueron depositados estos materiales fue destruido por la acción de una retroexcavadora que niveló la superficie de la cueva. Aun así, el registro de los materiales descontextualizados nos brindó una primera impresión de los habitantes y del uso de la cueva: esta había sido ocupada por lo menos desde el Arcaico Tardío-inicios de la agricultura (2100-2000 a. C.), que había servido como recinto funerario y que sus habitantes ya conocían el maíz.



Figura 4. Materiales arqueológicos colectados por los lugareños. Fotografía de Emiliano Gallaga.

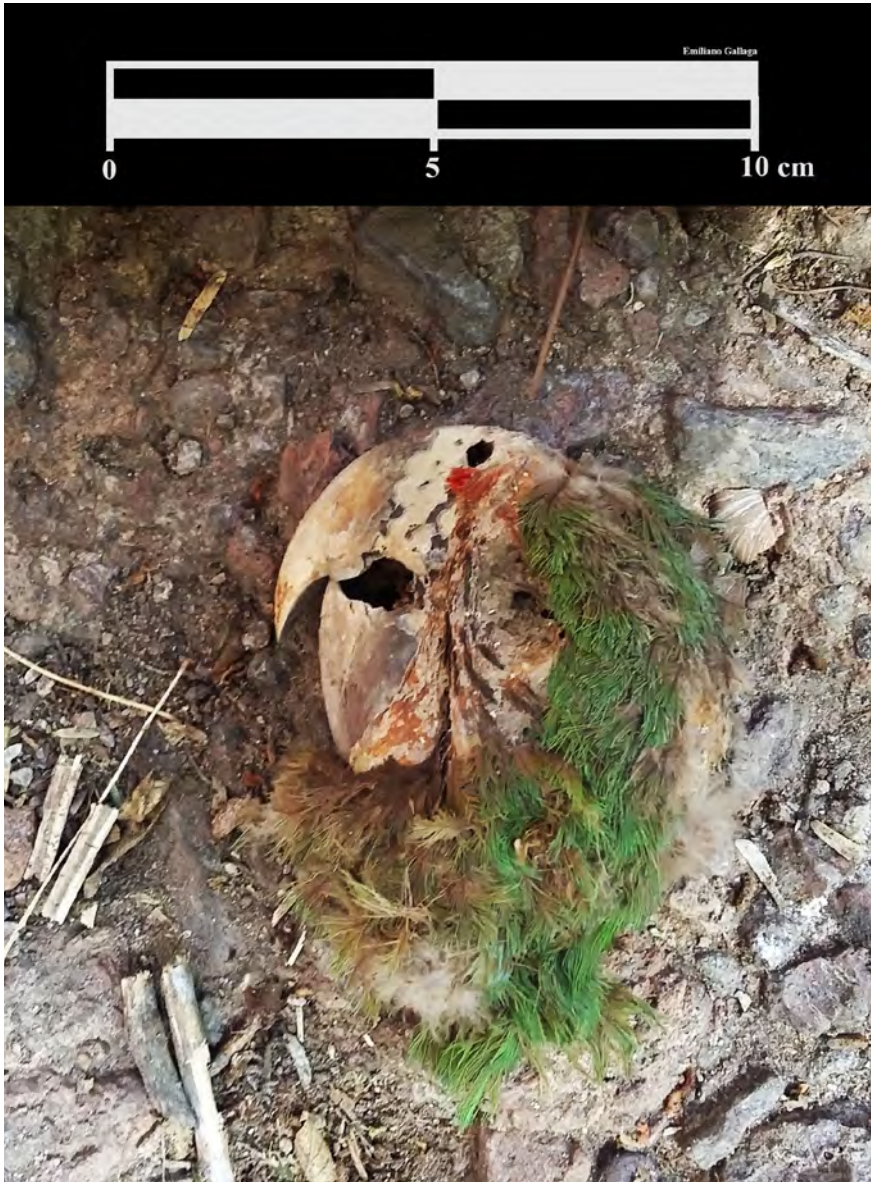


Figura 5. Cabeza momificada de guacamaya militar recolectada en el sitio “Cueva de Avendaños”. Fotografía de Emiliano Gallaga.



Figura 6. Algunos de los materiales localizados en el sitio: 1) maíz, 2) calabaza, 3) textil, 4) cuero de venado trabajado y 5) posible base de olla. Fotografía de Emiliano Gallaga.

Como ya mencionamos, pudimos realizar varias unidades de excavación en la franja de piso original, de las que podemos mencionar el registro de los restos de una casa con muros de bajareque y piso aplanado de tierra, sobre el cual se registraron una punta de flecha arcaica y un fragmento de olote carbonizado fechados en 210 a. C.-125 d. C. (Figura 7) localizados en la unidad 1, los restos de un área de almacenaje en la unidad 3 y por lo menos dos contextos mortuorios que describiremos a continuación.

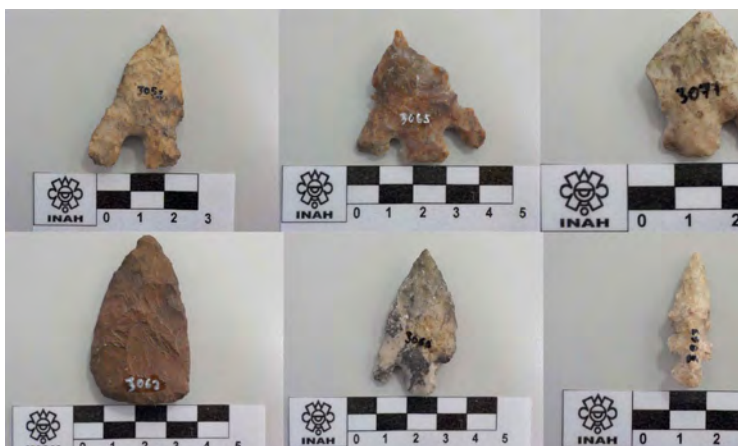


Figura 7. Puntas arcaicas registradas en el sitio: A-C) puntas Bell, D) punta Abasolo, E) punta Shumla y F) punta Duran. Fotografías de Brenda Castro.

Fardo infantil funerario. Entre las unidades 1 y 2 se identificó un concentrado de cordel que se encontraba expuesto y se decidió colocar una unidad de excavación en esta localidad. A 38 centímetros de profundidad llegamos al contexto identificado, registrado originalmente como un “concentrado de cordel” y que, ya limpia el área, se reclasificó como un fardo funerario de un infante, tal vez un entierro primario (Figura 8). Este fardo consistió en una red realizada con tiras posiblemente de piel de conejo, así como algunos fragmentos de cordel de algodón, sobre el cual se identificaron dos costillas y el omóplato de un infante (edad indeterminada) (Figura 9). Se notó una perturbación en la capa y cercano a esta se identificó un nido de roedor, por lo que es probable que roedores hayan dispersado el esqueleto dejando solo algunos huesos. Sin embargo, el contexto nos indicó que los restos fueron cuidadosamente depositados al fondo de la cueva ya en época más tardía que el resto de los contextos fechados.



Figura 8. Identificación de un concentrado de cordeles en el perfil del corte del piso. Fotografía de Emiliano Gallaga.



Figura 9. Identificación ya de un posible fardo funerario; se alcanzan a apreciar dos vértebras humanas infantiles. Fotografía de Emiliano Gallaga.

Entierro número 5. Unos restos humanos fueron identificados en el perfil entre las unidades 2 y 3, donde sobresalían las “rodillas” de un adulto, por lo que se abrió la unidad 7. El entierro se registró a los 83 centímetros de profundidad y fue liberado hasta una profundidad de 145 centímetros. El entierro presentó restos de un hueso excavado expofeso a través de la capa estéril de caliche y de los registros culturales identificados en la unidad 2. Al término de la excavación solo se registraron los restos humanos de un adulto, pero lo interesante fue que únicamente se localizaron la cadera y los huesos largos, no más. Restos de cordel o textil nos indican que las piernas fueron amarradas y/o cubiertas con un textil (Figuras 10 y 11). Al fondo del entierro se identificó una punta de flecha, pero no se pudo establecer si fue parte del entierro o un evento de perturbación de los contextos superiores. De esa manera contamos con un entierro secundario. Lo que queda para la imaginación son los motivos del entierro... ¿evidencia de violencia, ritual o ceremonial, o brujería?



Figura 10. Entierro número 5, donde solo se localizó la cadera y las piernas de un individuo adulto flexionado. Fotografía de Emiliano Gallaga.



Figura 11. Restos de cordel o textil con el que envolvieron y/o amarraron las extremidades del individuo adulto.
Fotografía de Emiliano Gallaga.

Conclusiones

Al final de las excavaciones se registraron los restos de por lo menos cinco individuos depositados en el interior de la cueva, cuando menos desde el 405-360 a. C. De igual manera, los materiales arqueológicos localizados y la identificación de una casa fechada (210 a. C.-125 d. C.) nos indican que la comunidad humana que usó este espacio la habitó, consumió maíz, frijol y calabaza, y utilizó la cueva para enterrar a sus ancestros desde el periodo Arcaico Tardío. Un evento de fuego posterior, no sabemos si intencional o accidental, destruyó el sitio arcaico que selló esta ocupación. Lamentablemente no contamos con fechas para estos eventos, pero la cueva fue utilizada tiempo después como repositorio de restos humanos como nos lo indican el fardo infantil y el entie-

rro número 5. Como buen proyecto de investigación quedan preguntas por responder: ¿quiénes fueron sus ocupantes?, ¿quiénes realizaron los enterramientos?

Según la historia, sabemos que esta región estaba habitada, por lo menos en el siglo XVII, por comunidades tarahumaras en colindancia con grupos conchos, pero se desconocen registros anteriores. Arqueológicamente, el sitio Cueva de Avendaños es uno de los primeros registros en el área, por lo que a la fecha este territorio permanece como *terra incognita*. Desde el punto de vista etnográfico, sabemos que la práctica funeraria entre los tarahumaras fue generalmente en cuevas hasta tiempos más o menos recientes: el cuerpo era flexionado con fuerza, al entierro se le incluían ofrendas y estaban envueltos en textiles, características muy similares a los entierros registrados en Cueva de Avendaños. Aunque no es concluyente y se requiere de mayores investigaciones, se infiere que los últimos ocupantes o usuarios de la cueva pudieron ser grupos tarahumaras prehispánicos.

Para saber más:

Anderson, Cheryl P., Martin, Debra L., y Thompson, Jennifer L., “Taphonomy and Cremation of Human Remains from San Francisco de Borja”, en *Landscapes of Violence*, vol. 2, núm. 2, 2012.

Gamboa Carrera, Eduardo, “Arqueología en la Sierra Tarahumara. Elementos para la interpretación de los orígenes de los pueblos indios del norte de México”, en Claudia Molinar y Eugeni Porras (coords.), *Identidad y cultura en la Sierra Tarahumara*. INAH, México, 2001.

Gallaga, Emiliano *et al.*, “An Early Military Macaw from Cueva de Avendaños, Chihuahua”, en *Kiva*, vol. 87, 2021.

MacWilliams, Arthur, *The archaeology of Laguna Bustillos Basin, Chihuahua, Mexico* (Tesis doctoral). Universidad de Arizona, Arizona, 2001.

Neumann, Joseph, *Historia de las rebeliones en la Sierra Tarahumara (1626 – 1724)* (ed. Luis González Rodríguez). Camino, Chihuahua, 1991.